



mántico no me la quito ni a tortas. Y eso que, en este disco, no hay más que una canción de amor 'peralista'.

—¿Ya da tanto de sí el amor?

—Es inagotable. Tiene un montón de caras, de minutos, de momentos, de soledades, de angustias, de felicidad...

—¿Y cuál es la frontera con lo cursi?

—Depende mucho del que escucha. Unos se enternecen y otros piensan que eso ya no se lleva por el mundo. El amor es tan imprescindible que, sin él, el ser humano sería una piedra. Hasta en los perros hay un sentimiento de ternura, así que el ser humano ha de tener más. Lo que pasa es que muchos, por esnobismo, entienden que el amor es una gilipollez, pero basta con rayar en el corazón más duro para encontrar emoción.

Blanduras del pasado

—¿Nunca se autocensura para no empalagar?

—A veces, la descripción del sentimiento es cursi. Reconozco que, ahora, escucho algunas canciones del principio y digo: '¡Hay que ver lo blandito que era eso!'. Pero la gente sigue pidiéndolas en los conciertos.

—¿Y no le avergüenza cantarlas?

—Me pasa, pero la gente disfruta tanto... Eso sí, nunca cambio la palabra clave, porque

«Me parecería ridículo decir a mi mujer algunas frases de mis canciones»

me parecería una falta de respeto.

—Siempre dice que, cuando compone para otros artistas, se pone en su lugar. ¿Le ha resultado difícil con alguno?

—Yo me pongo de público y miro qué lenguaje usan, qué historias les gustaría cantar...

No es lo mismo escribir una canción para un tío del norte que para una folclórica andaluza. Recuerdo que Paloma San Basilio, que es muy amiga mía, siempre se empeñaba en cambiar alguna palabra de lo que yo le escribía. Así que no le escribí más. Lo de Isabel Pantoja tampoco fue fácil, porque había que preparar un disco entero con canciones alusivas a la viudedad.

—Cuando compone para usted, ¿también es un personaje el que habla?

—No, soy yo. Cuando escribo para mí, me desnudo en toda mi profundidad, me vacío de mis sentimientos. Si escribo una canción de amor, es que lo siento. Ésa es mi forma de decirlo.

—¿Y no le da pudor?

—A mí no, pero a veces Manuela, mi mujer, sí tiene pudor de que sea tan sincero. Ella no sería tan extrovertida con sentimientos así, es más parca, mientras que yo soy transparente y lo cuento todo, no tengo freno. Yo he contado mi vida en entregas. Nunca diría a mi mujer algunas cosas que he dicho en canciones, porque me parecería muy ridículo.

—¿Cuántas veces diarias le dice a su mujer que la quiere?

—Hay intimidades que nunca cuento, porque a Manuela le jorobaría. Pero nuestro matrimonio no es dulzón, tenemos un gran carácter. Somos muy distintos, y quizá eso hace que nos llevemos bien, sin que esto se interprete como una cursilería.

—¿No se escribe mejor en los momentos de infelicidad?

—Yo, en los momentos de depresión, soy incapaz de escribir una línea. Aunque me pase la desgracia más grande del mundo, no la cuento en ese momento. Yo escribo cuando estoy bien, aunque cuente un drama que pasó o un momento triste que se ha quedado. Pero desde la serenidad, desde el equilibrio. Nunca he sido capaz de volcar en una canción mis desgracias, mis momentos negros. No tengo ánimo.